

SENTIR(TE)

LA VULNERABILIDAD COMO HERRAMIENTA PARA LA COMPOSICIÓN DE UN EP

ANEXO DE REFERENTES

El presente documento reúne el análisis de los referentes teóricos y artísticos que sustentan la creación del EP *Sentir(te)*, cuyo eje central es la vulnerabilidad emocional como herramienta compositiva. A través de estos referentes se busca establecer un marco de comprensión que permita identificar, por un lado, cómo la psicología, la filosofía y la neurociencia han abordado la relación entre vulnerabilidad, emoción y arte; y por otro, cómo distintos artistas han plasmado esa vulnerabilidad en sus obras mediante recursos técnicos y expresivos específicos.

Este análisis no se limita a describir los referentes, sino que se propone profundizar en los elementos concretos (armónicos, melódicos, tímbricos, líricos y de producción) que posibilitan la transmisión de emocionalidad en la música. El propósito es aterrizar los conceptos teóricos y artísticos en ejemplos específicos, identificando progresiones armónicas, planteamientos melódicos, decisiones de producción o recursos interpretativos que evidencien la vulnerabilidad. De esta manera, cada referente se convierte en una guía práctica y reflexiva para el proceso compositivo y de producción del EP.

En consecuencia, el documento se organiza en tres apartados principales:

1. Vulnerabilidad emocional, desde la perspectiva de Brené Brown (2013): *The Power of Vulnerability*; y Carl Rogers (1961): *El proceso de convertirse en persona*.
2. El vínculo entre la música y la emoción, a partir de los aportes de John A. Sloboda (1985): *The Musical Mind*; Hargreaves & North (1997): *The Social Psychology of Music*; y Stefan Koelsch (2010): *Towards a Neural Basis of Music-Evoked Emotions*.
3. Herramientas compositivas para transmitir emocionalidad, donde se analizan los aportes de artistas como Ludovico Einaudi (2004): *Divenire*; Sam Smith (2017): *The Thrill of It*

All; Paul Alone (2020): *La vida es pa' los valientes*; Juliana Velásquez (2021): *Muchachitos*; y Beret (2018): *Lo siento*; enfatizando en ejemplos concretos de canciones y producciones.

Este recorrido permitirá consolidar un sustento tanto conceptual como técnico para la creación del EP, garantizando que las decisiones musicales respondan a una reflexión profunda sobre la vulnerabilidad como experiencia estética y humana.

Vulnerabilidad emocional

La vulnerabilidad suele estar culturalmente asociada a la fragilidad o a la debilidad; no obstante, autores como Brené Brown (2013) en su texto sobre El poder de la vulnerabilidad; y Carl Rogers (1992) en El proceso de convertirse en persona, han planteado que constituye un concepto central para comprender la autenticidad, la creatividad y la conexión humana.

Brown (2013) sostiene que “la vulnerabilidad es el núcleo de la vergüenza, el miedo y nuestra lucha por la dignidad, pero también es el lugar de nacimiento de la alegría, la creatividad, la pertenencia y el amor”. Esta afirmación representa un cambio frente a la visión tradicional que concibe la vulnerabilidad como una condición de impotencia. Desde esta perspectiva, exponerse al riesgo, la incertidumbre y la apertura emocional, incluso “cuando no hay garantías” (Brown, 2013, p.), constituye un proceso que posibilita la construcción de vínculos significativos.

Uno de los aportes más relevantes de Brown se encuentra en la relación entre vulnerabilidad, vergüenza y valentía. La autora describe la vergüenza como un “pantano del alma” (Brown, 2013, p.) que toda persona debe atravesar, en tanto la exposición emocional conlleva el riesgo de sentirse inadecuado o indigno de aceptación. Sin embargo, la disposición a afrontar esa exposición permite desarrollar la valentía entendida como la capacidad de actuar aun en presencia del miedo y la vergüenza (Brown, 2013). De manera complementaria, Rogers (1992) plantea que el desarrollo humano se fundamenta en la congruencia entre la experiencia interna y su expresión externa. La autenticidad, en este marco, surge cuando el individuo se permite integrar toda la gama de emociones, incluidas aquellas que producen incomodidad o dolor, sin recurrir a defensas que las distorsionen. El autor define el “convertirse en persona” como un

proceso continuo de apertura a la experiencia, en el cual aceptar la vulnerabilidad se convierte en condición para el crecimiento.

Rogers (1992) también destaca que las relaciones significativas se construyen únicamente cuando los individuos se muestran sin defensas, en un ejercicio de apertura y confianza mutua. En este sentido, la congruencia señalada por Rogers y la valentía planteada por Brown convergen en la idea de que la exposición emocional constituye un requisito para establecer vínculos significativos y procesos creativos que trascienden lo técnico. Trasladado al ámbito artístico, esta perspectiva implica que la interpretación vocal que conserva respiraciones, variaciones dinámicas o quiebres controlados permite transmitir la apertura emocional del intérprete de manera perceptible para el oyente.

En consecuencia, Brown (2013) y Rogers (1992) ofrecen un marco conceptual que orienta la construcción del EP *Sentir(te)*. Cada canción se organiza desde la vulnerabilidad como punto de encuentro entre la voz del intérprete y la experiencia del oyente. Este planteamiento se traduce en decisiones específicas dentro del proceso creativo. En la escritura lírica, se plantea la exposición directa de emociones sin filtros estilísticos que las suavicen o distorsionen, en coherencia con la noción de autenticidad propuesta por Rogers. En la interpretación vocal, se prioriza la expresividad como recurso técnico, mediante pausas, variaciones dinámicas y quiebres de voz que refuercen la sensación de cercanía, siguiendo la idea de Brown acerca de la vulnerabilidad como apertura al riesgo.

En la producción y composición musical, la vulnerabilidad se materializa en la elección de arreglos que no sobrecarguen el discurso sonoro y que permitan mantener la voz en una posición central dentro de la percepción del oyente. Esto incluye reducir la densidad instrumental en determinados pasajes para resaltar la línea vocal, establecer contrastes entre secciones con mayor amplitud y otras más contenidas, y diseñar el espacio sonoro de modo que las dinámicas y matices de la interpretación resulten audibles. Asimismo, se propone un manejo intencional de la mezcla en el que la voz se ubique en primer plano, preservando sus características tímbricas y evitando tratamientos que la diluyan en efectos excesivos.

De este modo, las perspectivas de Brown (2013) y Rogers (1992) no solo se reconocen como referentes conceptuales, sino que se integran como criterios metodológicos en la práctica compositiva y productiva del EP. El proyecto adopta la vulnerabilidad como principio

organizador, estructurando tanto el desarrollo lírico y vocal como las decisiones sonoras, y estableciendo un marco metodológico que orienta la construcción de la obra.

Vínculo entre la música y la emoción

En *The Musical Mind*, John Sloboda (1986) propone una de las aproximaciones más influyentes de la psicología cognitiva a la comprensión de la música. Su interés radica en explicar cómo los oyentes procesan cognitivamente los estímulos sonoros y cómo la organización de estos genera expectativas que, al cumplirse, retrasarse o alterarse, producen respuestas emocionales. Para el autor, la emoción musical surge de la manipulación de la expectativa, lo que convierte a la música en un sistema capaz de provocar afecto a través de su propia estructura.

En este marco, nociones como las expectativas musicales, los eventos significativos (modulaciones, retardos cadenciales, silencios, cambios de timbre), la expresividad interpretativa y la relación entre timbre y memoria emocional permiten comprender cómo las decisiones compositivas e interpretativas inciden en la experiencia subjetiva del oyente. Asimismo, la distinción entre emociones intrínsecas, derivadas de la organización interna de la obra, y emociones contextuales, vinculadas a asociaciones personales y culturales, ofrece un marco para articular la vulnerabilidad en el proyecto *Sentir(te)*, integrando recursos estructurales con significados contextuales.

De este modo, los planteamientos de Sloboda constituyen un referente central para este trabajo, al vincular cognición musical y emoción, y al fundamentar el uso de recursos expresivos en el EP como estrategias para transmitir vulnerabilidad.

Distinción entre emoción intrínseca y contextual

Sloboda (1986) distingue entre dos formas principales de emoción musical: la intrínseca, vinculada a la organización interna de la obra, y la contextual, asociada a significados

personales, sociales o culturales que el oyente proyecta sobre la experiencia sonora. La primera surge directamente de la estructura musical (ritmos, armonías, dinámicas y sonidos organizados en el tiempo) y depende de cómo el oyente procesa cognitivamente los patrones y expectativas activados durante la escucha. Retardos cadenciales, cambios súbitos de dinámica o modulaciones inesperadas son ejemplos de recursos que intensifican la tensión y permiten comprender la emoción como efecto de la confirmación o interrupción de las anticipaciones del oyente. En el EP *Sentir(te)*, esta dimensión intrínseca se materializa a través de silencios estratégicos, variaciones en progresiones armónicas y contrastes dinámicos que transmiten vulnerabilidad sin necesidad de apoyarse en el texto lírico, situando la emoción en el plano puramente musical.

La emoción contextual, en cambio, se origina en asociaciones externas a la obra: recuerdos personales, vínculos culturales o evocaciones biográficas que un timbre o un estilo musical pueden despertar. Como subraya Sloboda (1986), la intensidad de la experiencia depende también del “contexto en el que la música se experimenta”. En *Sentir(te)*, este nivel se articula a través de las letras, que abordan distintas formas de relación humana (consigo mismo, la pareja, la familia o la mascota) y permiten que el oyente se reconozca en experiencias de vulnerabilidad. Del mismo modo, la decisión de situar la voz en primer plano, con un tratamiento cercano e íntimo, refuerza esta dimensión contextual al presentar la interpretación como un espacio de diálogo personal.

En conjunto, la relevancia de esta distinción para el proyecto radica en que la vulnerabilidad no se construye exclusivamente desde la estructura musical ni únicamente desde los significados contextuales, sino en la integración de ambos niveles. Mientras lo intrínseco moviliza mecanismos generales de expectativa y resolución, lo contextual activa asociaciones particulares ligadas a la historia de cada oyente. El EP opera así en un doble canal de emoción, combinando recursos estructurales y temáticos que sitúan la vulnerabilidad como experiencia estética compartida.

Expectativa, estructura y emoción

Sloboda (1986) plantea que el oyente no recibe la música de manera pasiva, sino que construye expectativas cognitivas a partir de patrones melódicos, armónicos y rítmicos internalizados culturalmente. Estas expectativas orientan la escucha y determinan la experiencia afectiva: cuando la música responde de manera previsible a lo anticipado, se genera una sensación de satisfacción y estabilidad; por el contrario, cuando el desenlace se interrumpe, se retrasa o se altera, surge una tensión que intensifica la respuesta del oyente.

El autor enfatiza que la emoción musical no se produce únicamente a partir de asociaciones culturales externas, sino de procesos cognitivos universales vinculados a la anticipación y la resolución. En sus palabras, “la esencia de la emoción musical radica en la manipulación de la expectativa” (Sloboda, 1986, p.). Esto significa que la experiencia emocional depende de la interacción entre la estructura del estímulo musical (la organización interna de sonidos, dinámicas y timbres) y la estructura cognitiva del oyente, que formula predicciones en torno a ese estímulo. La emoción emerge, por tanto, de un diálogo dinámico entre lo previsto y lo inesperado, en el que la música confirma o desafía las anticipaciones perceptivas.

En el EP *Sentir(te)*, esta perspectiva se traduce en decisiones de composición e interpretación que construyen la vulnerabilidad a partir de la expectativa. La introducción de pausas inesperadas, variaciones melódicas en la voz y variaciones en cuanto a progresiones armónicas sitúan al oyente en un estado de apertura frente a lo no previsto, en coherencia con la exposición emocional que caracteriza la vulnerabilidad. Asimismo, la incorporación de timbres en momentos estratégicos interrumpe la continuidad sonora y modifica el curso del discurso musical, reforzando la idea de riesgo y entrega que atraviesa el proyecto.

De esta manera, las expectativas musicales funcionan en el EP como un mecanismo estructural para transmitir vulnerabilidad, no solo en el plano lírico, sino también en la experiencia perceptiva, donde la tensión entre lo anticipado y lo imprevisto se convierte en un medio para expresar apertura y exposición emocional.

Eventos musicales y timbre como disparadores emocionales

Sloboda (1986) plantea que determinados fenómenos estructurales actúan como disparadores emocionales al modificar el curso previsible de la música. Entre ellos destacan los

cambios súbitos de dinámica, las modulaciones inesperadas de tonalidad, los retardos cadenciales que prolongan la resolución y los silencios estratégicos que interrumpen el flujo sonoro. Estos recursos, al reorganizar la escucha y desafiar las expectativas cognitivas del oyente, intensifican la experiencia emocional.

El timbre desempeña un papel igualmente decisivo. Más allá de diferenciar y contrastar secciones dentro de la obra, posee una dimensión expresiva y evocativa capaz de alterar de manera inmediata la experiencia afectiva. La introducción de un nuevo timbre genera contraste y novedad, mientras que ciertos timbres se vinculan a la memoria autobiográfica desde etapas tempranas, asociándose con contextos afectivos como la voz materna, un instrumento de la infancia o sonidos característicos de una tradición cultural. Así, el timbre cumple una doble función: estructural, al organizar el discurso sonoro, y evocativa, al activar recuerdos personales y colectivos.

La relación entre timbre y eventos estructurales muestra cómo la música puede movilizar emociones universales y particulares al mismo tiempo. La irrupción de un nuevo timbre dentro de una textura estable constituye un evento significativo que no solo altera expectativas, sino que también puede activar asociaciones previas, intensificando la respuesta estética.

En el EP *Sentir(te)*, estos planteamientos se traducen en decisiones que buscan articular la vulnerabilidad desde lo perceptivo y lo evocativo. Los cambios dinámicos, las variaciones armónicas y las pausas estratégicas generan tensión y apertura en la escucha, mientras que la voz, ubicada en primer plano y con un tratamiento mínimo de efectos, conserva respiraciones y quiebres que refuerzan la autenticidad. La introducción de timbres instrumentales en momentos clave, como sintetizadores o guitarras procesadas, funciona como evento significativo que transforma el discurso musical. Finalmente, la presencia de timbres familiares, como la guitarra acústica, evoca espacios íntimos y cotidianos, apelando a la memoria afectiva del oyente. De esta manera, lo estructural y lo evocativo se combinan para construir un lenguaje sonoro que sitúa la vulnerabilidad como centro de la experiencia musical.

Expresividad en la interpretación

Sloboda (1986) cuestiona la idea de que la expresividad sea un adorno subjetivo del intérprete y sostiene que los recursos expresivos cumplen una función estructural en la comunicación musical. Elementos como el *rubato*, la acentuación o las variaciones dinámicas no se aplican de manera arbitraria, sino que marcan límites de frases, jerarquías métricas o transiciones armónicas, orientando la percepción del oyente hacia tensiones y resoluciones. De este modo, la emoción no proviene de gestos aislados, sino de la interacción entre la intención del intérprete y la capacidad del oyente para reconocer estos recursos como parte del discurso musical, configurando la interpretación como un proceso comunicativo.

En el EP *Sentir(te)*, esta perspectiva justifica el uso de recursos vocales que transmiten vulnerabilidad desde su dimensión estructural. Los quiebres de voz intensifican la percepción de fragilidad al modo de retardos o suspensiones; las pausas y silencios funcionan como suspensiones temporales que guían la expectativa del oyente; y las variaciones dinámicas en la voz organizan la escucha, señalando momentos de apertura o contención emocional. Así, la expresividad interpretativa no se concibe como ornamentación, sino como un componente fundamental que orienta la experiencia perceptiva y sitúa la vulnerabilidad en el centro de la comunicación artística.

En *Brain and Music*, Stefan Koelsch (2012) desarrolla un marco interdisciplinar que explica cómo la música involucra múltiples procesos psicológicos y cerebrales, abarcando desde la percepción y la memoria hasta la emoción y la cognición social. A partir de evidencias neurocientíficas, el autor muestra que la música no es procesada por un módulo aislado, sino por redes distribuidas que integran la corteza auditiva, áreas motoras y estructuras límbicas como la amígdala y el hipocampo. Esta perspectiva permite comprender que la música tiene la capacidad de generar emociones reales, evocar recuerdos y facilitar la interacción social.

Su propuesta se articula en tres ejes principales. En primer lugar, el procesamiento cognitivo y las expectativas musicales: el cerebro organiza la escucha anticipando patrones y reaccionando cuando estos se cumplen, se retrasan o se alteran. En segundo lugar, la relación entre música, emoción y memoria: la activación de estructuras límbicas confirma que la música puede suscitar respuestas emocionales auténticas y asociarse a experiencias autobiográficas mediante el timbre y la memoria afectiva. Finalmente, la función social de la música: Koelsch

sostiene que escuchar y producir música refuerza la empatía, la cohesión y el bienestar emocional, configurándola como una forma de comunicación intersubjetiva.

En el contexto del EP *Sentir(te)*, este enfoque permite fundamentar cómo la vulnerabilidad se construye no solo a través de la letra, sino también mediante recursos estructurales que podrían movilizar expectativas, evocan memorias y generan conexión con el oyente. Así, las decisiones compositivas, tímbricas e interpretativas encuentran un respaldo en la investigación neurocientífica, situando la vulnerabilidad musical en la intersección entre cognición, emoción y vínculo social.

Procesamiento cognitivo y expectativas musicales

Koelsch (2012) explica que la experiencia musical involucra de manera simultánea procesos cognitivos complejos: percepción, atención, memoria implícita y episódica, procesamiento sintáctico y semántico, emoción y cognición social. Esta multidimensionalidad convierte a la música en un estímulo privilegiado para investigar cómo la mente organiza y responde a la información.

Dentro de estos procesos, la generación de expectativas ocupa un lugar central. El cerebro organiza los sonidos siguiendo reglas sintácticas internas, similares a las del lenguaje, lo que le permite anticipar la continuidad de secuencias musicales. Cuando estas expectativas se cumplen, el oyente experimenta estabilidad y satisfacción; cuando se retrasan, alteran o interrumpen, se produce tensión emocional. Koelsch describe este mecanismo en términos de la Respuesta de Violación de Expectativa de Reglas (ERAN, por sus siglas en inglés), que muestra cómo regiones frontales y temporales del cerebro se activan ante irregularidades armónicas o sintácticas, generando respuestas emocionales inmediatas.

En el EP *Sentir(te)*, esta perspectiva sustenta el uso de pausas inesperadas, variaciones armónicas y giros melódicos como recursos estructurales que exponen al oyente a lo no previsto. Estas decisiones no solo cumplen una función estética, sino que articulan un estado de vulnerabilidad al trasladar la tensión cognitiva de la expectativa musical al plano emocional. La

vulnerabilidad se construye, así, no únicamente a través del contenido lírico, sino desde los propios mecanismos cerebrales de anticipación y predicción que estructuran la experiencia musical.

Música, emoción y memoria

Al igual que Sloboda (1986), Koelsch (2012) plantea que la música constituye un estímulo privilegiado para articular emoción y memoria, en tanto involucra sistemas cerebrales responsables tanto de la generación afectiva como del almacenamiento y evocación de experiencias personales. En primer lugar, la música transmite significados en dos planos: uno intra-musical, derivado de su propia organización (ritmo, armonía, timbre, textura), y otro extra-musical, asociado a contextos culturales, emocionales o autobiográficos. Estos significados son procesados en paralelo por el cerebro, de modo que un acorde o un timbre pueden activar representaciones afectivas y lingüísticas que trascienden la estructura musical en sí.

En segundo lugar, la investigación neurológica revisada por Koelsch muestra que estructuras del sistema límbico, como la amígdala y el hipocampo, participan directamente en la escucha musical. La amígdala responde a la valencia emocional del estímulo (alegría, tristeza, tensión), mientras que el hipocampo vincula esas emociones con memorias episódicas. Este hallazgo confirma que la música no solo “representa” emociones, sino que puede generar respuestas emocionales reales al activar los mismos circuitos neuronales que intervienen en experiencias afectivas cotidianas.

Finalmente, el papel del hipocampo es crucial para comprender la relación entre música y vulnerabilidad. Al asociar melodías y timbres con experiencias vitales, este sistema convierte la música en un medio evocador de memorias personales, intensificando la respuesta afectiva. Sonidos específicos, como una guitarra acústica o una voz íntima, pueden remitir a contextos familiares, escenas de cercanía o recuerdos emocionales tempranos, lo que sitúa la música como un puente entre la vivencia estética y la biografía del oyente.

En el EP *Sentir(te)*, esta perspectiva se materializa en el uso intencional de timbres íntimos, como la voz tratada con cercanía en la mezcla o la presencia de la guitarra acústica, que evocan asociaciones afectivas y refuerzan la sensación de intimidad. De este modo, la obra no solo comunica vulnerabilidad en su dimensión estructural, sino que también podría activar memorias y emociones personales, construyendo un espacio de resonancia afectiva entre intérprete y oyente.

Función social y dimensión relacional de la música

Koelsch (2012) sostiene que la música cumple un papel esencial en la salud y en la vida social de los individuos, funcionando como un medio de regulación emocional y como un espacio de interacción colectiva. Desde una perspectiva salutogénica, la escucha y la práctica musical favorecen la reducción de la ansiedad, la modulación del estrés y el refuerzo del bienestar subjetivo, en tanto permiten al oyente reorganizar sus estados afectivos y experimentar un sentido de cuidado emocional.

Paralelamente, la música activa procesos de cognición social, expresados en lo que el autor resume como los “7 Cs”: contacto, cognición social, comunicación, coordinación, cooperación, co-patía (empatía compartida) y cohesión social. Estos procesos muestran que la música no se limita a una vivencia estética individual, sino que facilita la atribución de intenciones al otro (theory of mind musical) y la creación de vínculos afectivos. En este sentido, escuchar música supone también participar de un acto de comunicación en el que intérprete y oyente comparten estados emocionales y construyen formas de pertenencia y comunidad.

En el marco del EP *Sentir(te)*, la vulnerabilidad musical adquiere una doble dimensión: se experimenta de manera interna, como un proceso que podría generar una exposición emocional en el oyente, y de manera relacional, como un acto de comunicación y conexión social. La voz íntima, tratada con cercanía en la mezcla y preservando matices expresivos como respiraciones o quiebres, funciona como un vehículo de empatía que sitúa al oyente en un espacio compartido de resonancia afectiva. De esta forma, la obra trasciende lo individual para convertirse en un

espacio de encuentro, en el que la vulnerabilidad expresada por el intérprete se convierte en vínculo y en cuidado emocional compartido.

The Social Psychology of Music (Hargreaves & North, 1997)

En *The Social Psychology of Music*, Hargreaves y North (1997) exploran cómo la música se integra en la vida social de los individuos y las comunidades, abordando su papel en la construcción de identidad, en la comunicación emocional y en los procesos de socialización. Los autores subrayan que la música nunca se experimenta en aislamiento, sino siempre en un marco social y cultural que condiciona tanto su producción como su recepción. En este sentido, la música no solo constituye un fenómeno estético, sino también un medio de interacción simbólica que organiza vínculos, significados y experiencias compartidas.

El aporte central de este enfoque radica en mostrar que la música cumple funciones más allá del plano individual: actúa como marcador de identidad, fomenta la cohesión grupal, regula interacciones sociales y acompaña al sujeto en diferentes etapas vitales. Asimismo, la apreciación musical está atravesada por expectativas sociales y culturales que determinan cómo se interpreta y valora la autenticidad de una obra.

En el marco del EP *Sentir(te)*, esta perspectiva resulta especialmente relevante, ya que permite situar la vulnerabilidad no solo como una experiencia subjetiva ligada a la emoción, sino también como un acto social y relacional. La voz íntima y las letras del proyecto se convierten en vehículos de comunicación que invitan al oyente a reconocerse en su propia experiencia, resignificando la música como un espacio de encuentro afectivo y culturalmente situado.

Música, identidad y autodefinición

Hargreaves y North (1997) destacan que la música funciona como un marcador de identidad, ya que permite a los individuos expresar quiénes son y cómo desean ser percibidos por los demás. Las elecciones musicales no son neutrales: implican un posicionamiento simbólico

que comunica valores, afinidades y pertenencias sociales. En este sentido, la música contribuye a la construcción del autoconcepto, facilitando tanto la afirmación personal como la diferenciación frente a otros grupos.

La identidad musical, según los autores, se manifiesta en dos niveles complementarios:

1. Individual. La música refleja rasgos personales, estados emocionales y narrativas de vida, funcionando como una extensión del yo.
2. Colectivo. Las preferencias musicales actúan como un código compartido que vincula a los individuos con comunidades culturales o sociales específicas, reforzando sentimientos de pertenencia.

De este modo, la música cumple un rol comunicativo: proyecta hacia los demás una imagen de sí mismo y, al mismo tiempo, permite integrar experiencias comunes. La relación entre elección musical, pertenencia grupal y diferenciación individual muestra que las prácticas musicales participan en la definición simultánea del yo y del nosotros.

En el EP Sentir(te), esta perspectiva sitúa la vulnerabilidad como un eje identitario. La decisión de exponer emociones íntimas a través de la voz y la letra no solo tiene un valor expresivo, sino que también constituye un acto de autodefinición artística y personal. Mostrar la fragilidad como parte de la experiencia humana implica afirmar que la identidad no se construye únicamente desde la fortaleza, sino también desde la apertura y la autenticidad. Así, la obra convierte la vulnerabilidad en un marcador identitario que interpela al oyente, invitándolo a reconocerla como un rasgo compartido y legítimo.

Funciones sociales y contextuales de la música

Hargreaves y North (1997) subrayan que la música no se limita a una experiencia individual, sino que actúa como un medio de comunicación emocional compartida. A través de sonidos, letras y timbres, las personas logran transmitir estados afectivos que son comprendidos y experimentados colectivamente, aun sin necesidad de palabras. La música se convierte, así, en un lenguaje social que permite conectar emociones privadas con significados colectivos.

Los autores también señalan que la música es una herramienta de cohesión grupal y regulación social. En contextos rituales, celebraciones o prácticas comunitarias, la música organiza la interacción, refuerza normas implícitas y fortalece los vínculos entre los participantes. Esta dimensión social no solo establece pertenencia, sino que también regula el comportamiento y la identidad dentro de los grupos.

Un punto clave en esta perspectiva es que “la música nunca se experimenta en aislamiento” (Hargreaves & North, 1997). La manera en que se escucha, interpreta o valora una obra está mediada por el contexto cultural, social y personal en el que ocurre la experiencia. Esto significa que el sentido de una pieza musical no reside únicamente en su estructura interna, sino que se resignifica constantemente en función de los marcos en los que se recibe.

En el EP Sentir(te), esta visión se traduce en la manera en que cada canción funciona como un espacio de encuentro afectivo. La vulnerabilidad expresada en la obra no se limita al plano individual del intérprete, sino que adquiere nuevos significados cuando el oyente la incorpora a su propio contexto personal y cultural. Así, la obra se resignifica en cada escucha: un mismo verso o timbre puede evocar experiencias distintas según la biografía y el entorno del receptor, reforzando la idea de que la música es siempre una construcción relacional.

Música en la vida cotidiana y su recepción

Hargreaves y North (1997) enfatizan que la música cumple un papel fundamental como acompañante en las diferentes etapas vitales. Desde la infancia, donde se asocia a procesos de aprendizaje y socialización, hasta la adolescencia, donde refuerza la construcción de identidad y la independencia, y en la adultez, donde funciona como soporte emocional y medio de conexión con recuerdos. De esta forma, la música no aparece como un hecho aislado, sino como un recurso constante que acompaña y da forma a la experiencia humana a lo largo de la vida.

Además, la música participa activamente en la socialización y el aprendizaje, al facilitar la transmisión de valores, normas y prácticas culturales. Escuchar o producir música en contextos educativos, familiares o comunitarios ayuda a los individuos a integrarse en grupos sociales y a adquirir competencias emocionales y comunicativas.

Otro aporte relevante del enfoque de Hargreaves y North es que la apreciación estética de la música no depende únicamente de criterios individuales, sino que está condicionada por factores sociales y culturales. La educación musical, el capital cultural y las normas de los grupos de pertenencia influyen en cómo los oyentes valoran la autenticidad, la calidad o la expresividad de una obra.

En el EP Sentir(te), esta perspectiva se refleja en la elección de un lenguaje pop que facilita la accesibilidad y la identificación. Al situar la vulnerabilidad en un formato musical ampliamente compartido, la obra no se presenta como un discurso individual aislado, sino como una experiencia cercana y colectiva, capaz de resonar en distintos momentos vitales y contextos culturales de los oyentes. La vulnerabilidad, en este marco, se construye como un valor compartido que acompaña la vida cotidiana, en lugar de permanecer confinada al ámbito privado del intérprete.

Herramientas compositivas para transmitir emocionalidad

Además de los aportes conceptuales y teóricos sobre música y emoción, este proyecto se nutre de referentes artísticos que evidencian cómo la vulnerabilidad puede materializarse en recursos compositivos, interpretativos y de producción. Estos casos permiten observar la manera en que distintos intérpretes han convertido la emocionalidad en el eje de sus obras, y cómo sus decisiones técnicas y estéticas se traducen en experiencias de cercanía y resonancia afectiva con el oyente.

Los artistas seleccionados como referentes comparten un enfoque en el que la expresividad no depende de la complejidad técnica, sino de la intencionalidad en la interpretación, el diseño sonoro y la construcción lírica. A través de elementos como la repetición pianística y las atmósferas sonoras, la simplicidad instrumental y la voz en primer plano, la narrativa íntima y directa, o la expresividad vocal y dinámica, estos artistas muestran caminos diversos para que la vulnerabilidad se convierta en el centro de la experiencia musical.

El análisis de estos referentes busca identificar los recursos específicos que transmiten emocionalidad (progresiones armónicas, timbres, quiebres vocales, silencios estratégicos, letras confesionales) y ponerlos en diálogo con la propuesta del EP Sentir(te). De este modo, la sección

articula la teoría con la práctica artística, mostrando cómo la vulnerabilidad puede construirse no solo como concepto abstracto, sino como una realidad sonora y expresiva en la producción musical contemporánea.

Ludovico Einaudi – Nuvole Bianche (2003)

Ludovico Einaudi, compositor italiano, quien ha desarrollado un lenguaje musical basado en la repetición de patrones armónicos y melódicos simples, pero emocionalmente efectivos. Obras como *Nuvole Bianche* (2003) muestran cómo el uso de estructuras reducidas, variaciones graduales y atmósferas sonoras íntimas permiten que la música funcione como un vehículo de introspección y vulnerabilidad.

En *Nuvole Bianche*, su tonalidad menor establece un marco expresivo que potencia la sensación de melancolía. El discurso pianístico intercala texturas en arpeggio y acordes en bloque, generando contrastes perceptivos: los arpeggios transmiten una sensación de fragilidad y apertura, mientras que los acordes en bloque aportan estabilidad momentánea. Esta alternancia refuerza la idea de que la vulnerabilidad no es estática, sino un movimiento constante entre la exposición y el resguardo.

La pieza inicia en Fa menor (Fm) con un compás de 4/4, donde se presentan acordes en bloque que establecen una atmósfera de estabilidad y claridad armónica. Con la entrada de los arpeggios, la métrica cambia a 12/8, lo que genera un flujo más orgánico y ondulante, semejante a una respiración musical. Este cambio rítmico refuerza la sensación de movimiento interno y vulnerabilidad, ya que el pulso se vuelve más emocional que métrico.

En cuanto al tempo, la obra parte desde 40 bpm y va acelerando gradualmente hasta alcanzar los 96 bpm en los momentos de mayor intensidad. Esta variación no responde a una lógica estrictamente métrica, sino expresiva: el tempo fluctúa como un pulso vital, un reflejo del vaivén emocional que atraviesa la obra. En los pasajes finales, el tempo disminuye progresivamente hasta alrededor de 80 bpm, generando una sensación de suspensión y agotamiento emocional, que se acentúa con la nota final sostenida que se desvanece lentamente (ver figura 1).

Figura 1

Fragmento de Nuvole Bianche de Ludovico Einaudi (2003)

Nuvole Bianche

Ludovico Einaudi

$\text{♩} = 40$ $\text{♩} = 78$

7

Nota. Transcripción de dos fragmentos musicales de Nuvole Bianche.

La textura pianística alterna entre arpeggios continuos y acordes en bloque, generando un contraste entre fragilidad y estabilidad. Los arpeggios se presentan como un hilo sonoro ininterrumpido, evocando movimiento, respiración y vulnerabilidad. Los acordes en bloque, en cambio, funcionan como puntos de reposo: breves momentos de seguridad que interrumpen la linealidad del discurso, antes de volver al flujo arpegiado. Einaudi intercala estos dos recursos de manera progresiva, logrando que la sensación emocional oscile entre la calma y la contención. Esta estructura dual puede interpretarse como una metáfora musical de la vulnerabilidad: una conversación interna entre la exposición (arpeggio) y el resguardo (acorde) (ver figura 2).

Figura 2

Fragmento de Nuvole Bianche de Ludovico Einaudi (2003)



Nota. Transcripción de dos fragmentos musicales de Nuvole Bianche.

Un recurso especialmente significativo se encuentra en la pausa central de la obra, donde el flujo melódico se interrumpe de manera inesperada. Este silencio funciona como un momento de fragilidad dentro de una “conversación” musical cargada de expresividad, antes de retomar con una intensidad que conserva, sin embargo, el carácter frágil de la pieza. La pausa, en este contexto, no representa vacío, sino un recurso expresivo que acentúa la vulnerabilidad como condición de la música.

Asimismo, el final de la obra, en el que una nota sostenida se prolonga hasta desvanecerse, produce una sensación de desgaste o fatiga emocional, sugiriendo la persistencia de algo no dicho aún en una pieza instrumental. De manera complementaria, la melodía principal del piano adquiere un carácter casi discursivo, como si el instrumento “hablara”. Las variaciones rítmicas y dinámicas en la interpretación acentúan este efecto, haciendo que en ciertos pasajes la “voz” del piano parezca más urgente o más contenida.

En el marco del EP Sentir(te), este referente se traduce en la incorporación de repeticiones armónicas, pausas estratégicas y cambios graduales como recursos compositivos que permiten sumergir al oyente en un estado emocional sostenido. Inspirado en Einaudi, el proyecto no solo busca transmitir vulnerabilidad a través del contenido lírico, sino también en la

dimensión sonora: paisajes musicales que, mediante la reiteración y la variación mínima, construyan una sensación de fragilidad y apertura emocional. Así, la influencia de Nuvole Bianche se manifiesta en el uso de la repetición como estrategia expresiva, en la alternancia entre estabilidad y fragilidad sonora, en pausas que refuerzan la exposición emocional y en finales abiertos que sugieren continuidad más allá de lo explícitamente dicho.

Paul Alone – Quería (2022)

Paul Alone es un cantautor español cuya propuesta musical se caracteriza por la intimidad y la simplicidad en la producción, lo que permite que la atención del oyente se centre en la voz y en el mensaje lírico. En Quería (2022), esta estética se consolida mediante un enfoque acústico que refuerza la vulnerabilidad como núcleo expresivo. La canción articula temas de amor, pérdida y autoaceptación, donde el desgarró emocional se transmite tanto en la letra como en los recursos musicales que la acompañan.

Un rasgo distintivo de la obra es el uso de arpeggios repetitivos con ligeras variaciones, que funcionan como un hilo conductor. Estos no solo sostienen la base armónica, sino que también aportan una sensación de continuidad emocional, en la que la fragilidad se percibe como un estado persistente. En contraste, los acordes en bloque aportan momentos de mayor estabilidad en el discurso sonoro, y esta solidez se ve reforzada por el uso de la percusión en puntos estratégicos, que subraya y acentúa los clímax emocionales de la canción.

La progresión principal de los versos se basa en la secuencia

I – III7 – IV – I

un esquema que introduce una leve tensión emocional a través del uso del III7 como préstamo tonal, aportando un matiz de inestabilidad que coincide con la carga introspectiva del tema. En contraste, en ciertos pasajes donde la intensidad desciende, la progresión se modifica a

I – iii – IV – V

suavizando el discurso y generando una sensación de contención. Este cambio coincide con una sección particularmente significativa de la letra:

“Quería romperla como John Lennon

Y un día con prisa caí al suelo

Me dijo mi madre: ‘si corres, te ahogarás’.”

En este fragmento, la armonía abandona momentáneamente el color del III7 para adoptar la variante iii, reflejando musicalmente una transición emocional: del ímpetu juvenil y la ambición (“quería romperla...”) hacia la fragilidad y la reflexión (“caí al suelo”). El descenso en la intensidad armónica y dinámica refuerza el sentido de vulnerabilidad que expresa el texto, mientras que la voz adopta un timbre más suave, casi resignado. La frase final, atribuida a la figura materna, funciona como un punto de inflexión tanto lírico como musical: la advertencia “si corres, te ahogarás” se acompaña de un retorno melódico descendente, que cierra el ciclo de tensión y reposo, representando la aceptación del límite y la pausa como parte del aprendizaje emocional.

La dinámica vocal acompaña esta construcción: la voz crece en intensidad a medida que se suman capas instrumentales y decrece cuando la instrumentación se retrae, reforzando el carácter orgánico y vulnerable de la interpretación. Un momento particularmente significativo ocurre tras la frase “si pudiera pedir un deseo, el deseo sería no volver a desear más”, donde la voz hace una pausa y se introduce un solo instrumental. Este silencio discursivo resalta el peso emocional de la confesión y otorga al oyente un espacio de resonancia. De manera similar, la instrumentación se activa en puntos estratégicos de la letra: por ejemplo, tras “Anoche lloré y mirando al cielo...”, un sintetizador entra de forma puntual para intensificar el clima afectivo de la narración.

Las voces de apoyo también cumplen una función expresiva clave, enfatizando palabras importantes que encapsulan el mensaje central de la canción. Este recurso no solo refuerza la vulnerabilidad expresada en la voz principal, sino que construye un efecto de acompañamiento emocional, como si el sujeto lírico no estuviera completamente solo en su confesión.

En conjunto, *Quería* ejemplifica cómo la instrumentación se pliega a la voz, acompañándola y resaltando su contenido en momentos estratégicos. La música no compite con la palabra, sino que la sostiene, generando un entorno donde la fragilidad lírica se magnifica a través del arreglo sonoro.

En el EP Sentir(te), esta influencia se traduce en una apuesta donde la voz ocupa el centro del discurso musical y los instrumentos operan como extensiones emocionales que acentúan la vulnerabilidad. Recursos como los arpeggios repetitivos, los acordes en bloque, las pausas expresivas, los apoyos tímbricos estratégicos y la dinámica entre voz e instrumentación se constituyen en herramientas para transmitir fragilidad y cercanía, consolidando la dimensión confesional de la obra.

Juliana Velásquez – Muchachitos (2022)

La cantautora colombiana Juliana Velásquez, en colaboración con Humbe, explora en *Muchachitos* (2022) una reflexión sobre la inocencia perdida y la nostalgia, construyendo un relato sonoro que se mueve entre la fragilidad y la fuerza emocional. La canción se articula en torno a una tonalidad mayor, lo que aporta un matiz luminoso que contrasta con la carga introspectiva de la letra, logrando que la vulnerabilidad no se viva únicamente desde la tristeza, sino también desde la ternura y la añoranza.

La canción Muchachitos está construida sobre una base tonal mayor, lo que otorga un carácter luminoso y esperanzador que contrasta con la carga introspectiva de la letra. Este contraste entre la claridad armónica y la vulnerabilidad temática resulta fundamental para el modo en que la obra comunica emoción: la música sostiene una atmósfera de ternura, incluso cuando la letra reflexiona sobre el paso del tiempo y la pérdida de inocencia.

Durante la mayor parte de la canción, especialmente en los versos, la progresión gira en torno a los grados IV – I – ii – I una secuencia que combina estabilidad y movimiento moderado. El paso de la subdominante a la tónica refuerza la sensación de resolución, mientras que la inclusión del ii introduce un matiz emotivo sutil que suaviza la transición, evitando que la armonía se perciba

estática. Este diseño permite mantener una sensación de continuidad y equilibrio emocional, coherente con la idea de aceptación y aprendizaje que expresa la letra.

En el pre-coro y el coro se perciben ligeras variaciones sobre este esquema, con extensiones armónicas que amplían el registro a través de algunos cromatismos y aumentan la sensación de apertura. Las variaciones son mínimas; el interés se centra más en la dinámica expresiva y el color tímbrico que en la variación armónica.

El eje instrumental de la pieza se sostiene en arpeggios repetitivos de guitarra, que funcionan como base constante a lo largo de la canción, que presentan pequeñas variaciones que mantienen la frescura y refuerzan la idea de continuidad en medio del paso del tiempo. Este recurso permite que el foco recaiga en la narrativa vocal, creando un acompañamiento que da soporte sin distraer de la intimidad del mensaje.

En el plano vocal, la expresividad se despliega a través de múltiples estrategias. Los coros enfatizan palabras clave dentro de la narrativa, subrayando la emocionalidad contenida en el texto. A su vez, las voces entrelazadas de Juliana Velásquez y Humbe generan un diálogo sonoro que refleja complicidad, reforzando el carácter compartido de la experiencia de vulnerabilidad. Este entrelazamiento no solo crea densidad tímbrica, sino que también simboliza el eco emocional que una historia personal puede encontrar en otros.

Un verso clave dentro de la canción es:

“Y tú mantente derecha, que el amor nunca marchita.

Dale al que necesite, cuida bien tu lucecita, muchachita.”

Este fragmento condensa la temática central del texto: el cuidado de la sensibilidad como una forma de resistencia. La “lucecita” funciona como metáfora del yo interno vulnerable, que debe ser protegido sin perder su brillo a pesar de las decepciones o pérdidas.

La combinación de una letra afirmativa y protectora con su armonía construyen un equilibrio entre ternura y madurez emocional. En este punto, la canción alcanza su máxima conexión entre forma y contenido: la música acompaña la palabra y ambas transmiten la misma idea de vulnerabilidad transformada en aprendizaje.

Otro recurso clave es el manejo de las dinámicas vocales. La voz transita de momentos más suaves e íntimos a otros más intensos y expansivos, lo que imprime un carácter narrativo a la interpretación. Esta variación guía la escucha, situando al oyente en un vaivén emocional que reproduce la fragilidad y la fuerza inherentes al tema de la canción.

La producción cumple aquí un papel central. Se añaden procesos de espacialidad como reverberaciones y delay, que expanden el paisaje sonoro y potencian la atmósfera de intimidad y nostalgia. Además, se mantienen las respiraciones en las voces, lo cual añade un matiz humano y cercano que intensifica la sensación de intimidad.

Uno de los momentos más destacados es la pausa en la que se perciben sonidos similares a latidos de corazón, recurso que refuerza el carácter íntimo de la canción, justo antes de la entrada del coro. También se da una especie de contrapunto entre la voz y las cuerdas frotadas, lo que enriquece el tejido expresivo y genera un diálogo entre timbres. Finalmente, el tratamiento de voces en postproducción resulta determinante para la estética de la obra, ya que combina cercanía, espacialidad y claridad, construyendo un entorno sonoro que sostiene el mensaje lírico y afectivo.

En el marco del EP Sentir(te), la influencia de Juliana Velásquez se manifiesta en la búsqueda de un equilibrio entre letras introspectivas y una producción que combine lo acústico y lo moderno. La permanencia de los arpeggios como base, el énfasis coral en momentos clave, el manejo dinámico de la voz, el uso de la respiración como recurso expresivo, las pausas cargadas de significado y la espacialidad lograda en la producción son herramientas que pueden trasladarse al proyecto para evocar vulnerabilidad desde una experiencia sonora íntima y compartida.

Sam Smith – Too Good at Goodbyes (2017)

Dentro del álbum *The Thrill of It All* (2017), Sam Smith se posiciona como un referente de cómo la interpretación vocal puede ser el núcleo de la vulnerabilidad musical. En *Too Good at Goodbyes*, Smith articula un relato de dolor y resignación frente a la pérdida, donde la voz

funciona como principal vehículo de emoción, acompañada de una producción que refuerza la intimidad y el dramatismo.

La pieza se abre con una progresión armónica que alterna entre el vi7 – I – V – ii7, una secuencia que combina melancolía (vi7) y estabilidad tonal (I). Este ciclo funciona como uno de los ejes estructurales de la obra. La elección del Dm7 inicial, en lugar de comenzar directamente en el acorde de tónica, establece un tono introspectivo que prepara emocionalmente al oyente antes de la entrada de la voz. (ver figura 3).

Figura 3

Fragmento de Too Good at Goodbyes de Sam Smith (2017)

♩ = 92

Dm7 F C Gm7

5 Dm7 F C Gm7

Nota. Transcripción de fragmentos musicales de too good at goodbyes.

En la introducción, los acordes en bloque del piano se intercalan con la línea melódica de la voz como se observa en los primeros compases, donde los acordes dialogan con el texto inicial:

Dm

F

You must think that I'm stupid

C Gm

You must think that I'm a fool

Dm F

You must think that I'm new to this

C Gm

But I have seen this all before.

Este intercambio entre acordes y voz crea una textura transparente y estable. La armonía en bloque aporta sensación de control y solidez, mientras que la voz, de carácter continuo y estable, introduce un contraste emocional que anticipa el desbordamiento posterior. El fraseo vocal, casi conversacional, mantiene una métrica regular y una articulación contenida, reforzando la sensación de dominio emocional frente al dolor.

Con el avance de la canción, tanto la voz como el piano comienzan a desbordarse en expresividad mediante notas de paso, modulaciones emocionales y mayor variación en la interpretación. Este contraste hace evidente la dinámica narrativa: la contención inicial cede paso a la intensidad afectiva, mostrando la vulnerabilidad como un proceso que fluctúa entre seguridad y exposición.

Las dinámicas vocales desempeñan un papel narrativo clave. Smith alterna entre registros suaves e íntimos y pasajes de gran potencia, guiando al oyente a través de la evolución emocional del relato. La percusión refuerza esta estructura, actuando como un sostén rítmico que estabiliza el discurso vocal en momentos donde la carga emocional amenaza con desbordarse.

Un elemento distintivo es el uso del coro gospel, que entra estratégicamente para enfatizar el mensaje principal. Este recurso añade un matiz de colectividad y trascendencia, ampliando la vulnerabilidad individual hacia una dimensión compartida y espiritual.

El clímax emocional se alcanza hacia el final, cuando la instrumentación se reduce al diálogo íntimo entre piano y voz. En esta sección, la ausencia del resto de los instrumentos intensifica la sensación de vacío y pérdida, mientras la voz adopta un carácter expresivo más

frágil y vulnerable. Esta decisión no solo resalta el contenido lírico, sino que sitúa al oyente en un espacio de cercanía con el intérprete, como si lo acompañara en su confesión más personal.

A diferencia de otros referentes considerados en este proyecto, la vulnerabilidad en *Too Good at Goodbyes* se presenta de forma más contenida y segura: no como un desbordamiento incontrolable, sino como una fragilidad expresada con claridad y firmeza. Esta cualidad convierte a Sam Smith en un modelo para explorar cómo la vulnerabilidad puede comunicarse desde la seguridad emocional y la expresividad vocal precisa, sin perder profundidad afectiva.

En el marco de Sentir(te), la influencia de Sam Smith se refleja en la búsqueda de un equilibrio entre contención y desborde emocional. La estabilidad armónica inicial, las dinámicas vocales que narran la historia, el uso de coros como refuerzo expresivo y el cierre íntimo entre piano y voz constituyen recursos que pueden trasladarse al EP para construir una vulnerabilidad matizada, capaz de oscilar entre la firmeza y la fragilidad más íntima.

Beret – Lo siento (2019)

En *Lo siento*, Beret presenta una exploración de la vulnerabilidad en el marco de las relaciones humanas a través de un lenguaje musical sencillo pero cargado de intensidad emocional. La canción, en tonalidad menor, establece desde el inicio un ambiente melancólico que refuerza el carácter confesional del texto. La presencia de Sofía Reyes como colaboradora añade una dimensión dialógica: la pieza se articula como una conversación entre dos voces que, aunque comienzan contenidas, progresivamente se abren hacia un desbordamiento emocional más explícito.

La base armónica se sostiene en acordes en bloque acompañados de melodía en piano, recurso que transmite estabilidad y ofrece un soporte sobrio para que las voces sean el centro expresivo de la obra. Esta estabilidad inicial contrasta con la evolución de la interpretación vocal: lo que comienza como un relato contenido va ganando fuerza y dramatismo conforme avanza la canción, reflejando el paso de la contención hacia la exposición emocional (ver figura 4).

Figura 4

Fragmento de Lo siento de Beret (2019)

♩ = 82

mp

Tú siem - pre de -

p

con Pedal

Nota. Transcripción de fragmentos musicales de Lo siento.

La estructura armónica principal se construye sobre la progresión i – VI – III – VII una secuencia introspectiva que genera un ciclo de tensión y resolución sin reposar en la tónica de manera definitiva. Este movimiento continuo entre los grados refuerza la sensación de inestabilidad afectiva que atraviesa la letra. La armonía se presenta en acordes en bloque acompañados de una línea melódica en piano, lo que confiere una sensación de estabilidad que contrasta con la vulnerabilidad que expresa la voz.

El piano cumple aquí una función doble: por un lado, actúa como soporte rítmico y armónico, pero también como interlocutor emocional. A medida que avanza la canción, la textura pianística se densifica y dialoga con las voces principales, acompañando los matices interpretativos y reforzando los puntos de inflexión en la narración.

Un punto particularmente significativo ocurre en la sección más introspectiva de la canción, cuando la armonía se modifica a VI – i – VII – v, acompañando los versos:

Porque tus aciertos dirán dónde estás y tus fallos tan solo por dónde ir,

De qué me vale la cantidad, si solo la intensidad va a hacerme feliz,

Antes de hacer lo que va a destrozarnos, prefiero salvarte y hacerte a ti,

Ya no comprendes que no puedo darte aquello que no tengo y no vive en mí.

Este cambio armónico altera el color emocional de la pieza: el paso hacia el VI introduce una sensación de apertura momentánea, casi de resignación esperanzada, antes de retornar a la tónica menor, donde la voz recupera su tono confesional. La progresión genera una pausa emocional en el relato, un espacio de reflexión donde la armonía suaviza el peso del discurso antes de retomar el conflicto (ver figura 5).

Figura 5

Fragmento de Lo siento de Beret (2019)

53

cier - tos di - rán don - de es - tás y tus fa - llos tan so - lo por dón - de ir De qué me

55

va - le la can - ti - dad si so - lo la in - ten - si - dad va_a_ha - cer - me fe - liz An - tes de_ha -

Nota. Transcripción de fragmentos musicales de Lo siento.

El papel de la percusión resulta determinante en este proceso. Más allá de marcar un pulso rítmico, funciona como un refuerzo del mensaje central, aportando intensidad en los momentos de mayor carga lírica y emocional. De igual manera, la entrada de cuerdas frotadas

modifica la atmósfera sonora, aportando un matiz distinto que enmarca secciones claves de la narrativa y resalta la importancia del mensaje transmitido.

Un aspecto relevante es el tratamiento de las voces en la producción. En este caso, se opta por un enfoque más procesado, con presencia de saturación y efectos que, en ocasiones, desplazan a las voces del plano central de la mezcla. Esta decisión estética contrasta con el enfoque que se plantea en *Sentir(te)*, donde se buscará mantener la voz en primer plano, con tratamientos mínimos que preserven respiraciones, quiebres y matices como signos de intimidad y vulnerabilidad.

La principal enseñanza de *Lo siento* para el proyecto radica en la capacidad de Beret para convertir la vulnerabilidad en un relato directo y compartido. La canción ejemplifica cómo el paso de la contención inicial hacia el desborde emocional puede articularse tanto en la interpretación vocal como en los arreglos instrumentales. Aunque el tratamiento tímbrico de las voces difiere del enfoque buscado en *Sentir(te)*, este referente resulta fundamental para comprender cómo la relativa sencillez armónica, los contrastes dinámicos y la dimensión dialógica en las letras pueden potenciar la transmisión de vulnerabilidad en un contexto pop.